

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit homines et tunc
et tunc, et tunc et tunc non fuisse
et esse, et esse et fuisse, et futuros
esse locatis rematatis, anathema sit.*

Si alguno dijere que los hom-
bres de ahora como los de antes y
los de antes como los de ahora,
no han sido, son y serán locos de
atar, de un narigazo le dejo pa-
titieso.

CONC. GERUND.

**FILOSOFOS DE ANTANO Y POLITICOS
DE OGAÑO.**

Tan locos unos como otros, sin hacerles favor
maldito: á trancazos solian aquellos discutir las
doctrinas filosóficas, y á porrazos tratan estos las

enestiones políticas. Bien decía San Bernardo que la sabiduría del mundo es tumultuosa y guerrera; y así es que en las lides de opiniones los mas doctos, que debian ser los jueces de paz, son los primeros que euarbolan la bandera de guerra; y la luz de los sábios es mas fuego de pólvora que hiere ó mata, que antorcha que ilumina. Luciano ridiculizó esta conducta de los filósofos de antaño, y á Fr. Gerundio le toca comentar la de los políticos de ogaño; cada uno se entiende con los de su tiempo.

Aristóteles y el Estatuto cualquiera pensará que no se parecen en nada: pero como Fr. Gerundio no es *cualquiera*, y es hombre que en todo encuentra *parecencias*, pues el dia menos pensado las halla entre el huevo y la castaña, dice que Aristóteles y el Estatuto corren parejas. Aquel y su doctrina tuvieron un prestigio que rayaba en adoracion: este y su autor *tuvieron* un partido que lindaba con la veneracion: el que contradecía á Aristóteles en su tiempo se hacia sospechoso en la fé, pasaba por impío; el que se oponia al Estatuto en su época, se hacia sospechoso en la política; pasaba por anarquista. Vinieron los Cartesianos, y empezaron á echar sapos y culebras contra Aristóteles y todos los Peripatéticos; vinieron los constitucionales, y empezaron á llenar de broza al Estatuto y los Estatulistas. Los Cartesianos declamaron contra la escuela peripatética como mas perjudicial á la

filosofía y á la ilustracion que la ignorancia y el embrutecimiento : los constitucionales mostraron mas oposicion al partido Estatutista y dijeron que perjudicaba mas á la libertad que el del absolutismo que pelea por el Príncipe rebelde.

He aquí un ejemplo de la ira y desprecio con que trataban los apasionados de Aristóteles á los que se desviaban de su escuela; no sé que cosa se le antojó decir contra él al pobre Campanela, y vé aquí las lindezas que predicó de él un ciego Peripatético: «Este es el vil y despreciable Marsias, este el Pigméo, el Faeton, el Bubo, el Murciélago, el Hablador desatinado, que se levanta contra el sapientísimo Aristóteles, esto es; contra el Apolo, el Hércules, el Edipo, el Sol, el príncipe soberano de la filosofía.»

Vaya ahora otro ejemplo del furor con que le atacaron despues sus enemigos. «Es el hombre mas ignorante, decia Emilio Parisano (médico, para servir á Vds.) y de ingenio mas obtuso; el hombre mas flagicioso y mas ruin que jamás hubo en el mundo; ingrato á su maestro Platon, atentador á la vida de su bienhechor Alejandro. Si se registran todas las cabernas del infierno, no se hallará en ellas criatura mas malvada que Aristóteles; y Judas y el mismo Satanás (*echa por esa boca*) pueden en comparacion suya ser reputados por inocentes, etc. etc.» Conciértame estas medidas, decia Quevedo. ¿Hice yo mal en llamar locos á los filósofos de antaño?

Ahora que digan francamente mis lectores si se ha pensado con menos variedad, si han mostrado menos entusiasmo unos, y menos encodo otros respecto del Estatuto y los estatutistas, y juzguen si Fr. Gerundio se escude en llamar también locos á los políticos de ogaño.

Adelante. Los mártires que han tenido unos y otros no son menos parecidos que sus defensores, y sus antagonistas. Uno que contradijo á Aristóteles fue preso por el tribunal de la inquisición y detenido en sus calabozos veinte y cinco años. Otro tomó sobre sí el empeño de defender en conclusiones públicas las contradictorias de cuantas proposiciones aristotélicas le propusiesen los arguyentes, y además de otros reveses de fortuna que le costó la chanza, por último fué sacrificado en la célebre matanza de la noche de San Bartolomé al furor de un partido de escuela. Los discípulos de Carpentier y de otros profesores enemigos suyos le sacaron de una cueva donde se había escondido, y acribillándole á heridas le arrojaron por una ventana: todavía no bastó á saciar el furor de los matadores el ver saltar las entrañas de su cuerpo, sino que le arrastraron, azotándole por las calles, donde quedó el cadáver dividido en varios trozos. Mis lectores saben de sobra que á iguales precios han defendido unos y han atacado otros el Estatuto y sus consecuencias, pudiéndoselas apostar á locos los políticos de ogaño á los filósofos de antaño.

Los Peripatéticos fueron impugnados por tres partidos diferentes, Cartesianos, Gasendistas, y Maignanistas. Los del Estatuto tienen contra sí á los constitucionales del año 12, á los del 37, y á los carlistas. Los Aristotélicos trataban á Descartes de loco, temerario, delirante, y un ateísta. Los del Estatuto trataban á los constitucionales del 12 de locos, temerarios, delirantes y anarquistas. Á Gasendo le tacharon aquellos de Epicureo, y de introductor de novedades peligrosas acerca de la religion; á los del año 37 les tachan estos tambien de novadores peligrosos y precipitados. Á los Maignanistas les censuraban de gente ruda, de corta capacidad y grueso modo de entender lo mismo que decimos de los carlistas á absolutistas.

Resultado de aquella. Que los que se llaman filósofos, y amadores de la verdad, eran los que menos la buscaban, los que más se dejaban arrastrar del fanatismo de escuela, los que en vez de ser modelos de moderación, eran ejemplos escandalosos de arrebatamientos, y en vez de ser el tipo del juicio y la sensatez, eran los más locos y los más rematados.

Resultado de esto. Que los que se llaman políticos, y amantes de su patria, son los que más la lastiman y destruyen; los que en vez de buscar desapasionadamente la verdad y lo mejor, son los que lo sacrifican todo al espíritu de partido; los que en lugar de trabajar por la concordia y por

concentrar en un foco las opiniones mas divergentes, siendo liberales, se dejan arrastrar del orgullo y la presuncion de que cada uno es el solo que acierta y todos los demas yerran, los que lejos de dar ejemplo de moderacion, le dan de irreflexion, de acaloramiento é intolerancia.

Resultado general. Tan locos son los políticos de ogaño como los filósofos de antaño.

PASQUINES.

Cuatro ó cinco tengo entendido que aparecieron el domingo en esta capital. Fr. Gerundio solo tubo proporcion de ver el que se habia puesto en una columna del paseo de San Francisco, sin duda con el objeto de que le viésemos los nacionales al tiempo de ir al ejercicio como se verificó, y decia así, si mal no me acuerdo: *Viva la religion, y mueran los negros: vuestra sangre correrá en arroyos; la ira del Señor, y nuestra venganza será templada; cerca está el dia de vuestra agonía; poneros bien con el Dios de los libres. Mueran.*

Sabido es que los pasquines son el desahogo de una rabia impotente, mas en el concepto de Fr. Gerundio son tambien la espresion anónima de las intenciones infames que abrigan sus autores y el

partido que representan. En las actuales circunstancias, en que la terquedad y obstinacion de los carlistas tiene ya con sobrada razon irritados, y como suele decirse, en el disparador á los mas flemáticos liberales, un pasquin de esta clase es un insulto intolerable, es verter la última gota en el vaso del sufrimiento que está ya rebosando, y no la admite; es echar fuego al barreno, y promover la explosion; es buscar cinco pies al gato, y es finalmente incitar á que se enarboleen los chafarotes, y aude la paz por el coro. Los liberales nos preciamos de prudentes, y rayamos en pacientes; pero la prudencia y la paciencia tienen sus límites; se acaban si las apuran demasiado, y una vez rotos sus diques, ¿quién sabe si se podría atajar el torrente? ¿Quién sabe si la linterna misma con que Tirabeque anda buscando Senadores se verá en la precision de emplearse en dar sus linternazos?

Por cierto que nadie podrá tildar á Fr. Gerundio de bullanguero; ha sido y es el primer predicador de la paz, el primer misionero del orden y la legalidad, del respeto á las opiniones; pero si los carlistas se empeñan en hacer ver, que como aquella Paca de cierto sainete, no son buenos sino sintiendo la vara sobre sus costillas dos ó tres veces al dia, ¿qué ha de responder Fr. Gerundio á cualquiera que se le presente abullando y quejándose de la falta de seguridad personal? ¿Se excederia en contestarle lo del Fraile Mostru: *Tu lo quisiste, tu te lo ten?*

Con que no seamos niños, no hay que echar leña al fuego, porque el resultado sería quemarse los primeros los que atizaron. Demasiado hace Fr. Gerundio en prevenir y aconsejar como buen Padre de almas.

Regreso de Tirabeque.

Hombre, Pelegrin, día y medio te has llevado por allá; á estas fechas te hacia ya cerca de Portugal; vaya, decia yo, Tirabeque se ha unido á los que proclaman la carta de don Pedro, y me ha abandonado á mí.—Señor, y yo ¿qué tengo con esas cartas ni esas barajas? Yo contento estoy con la carta que me toca, aunque sea el tres de bastos, que dicea que es la mas ruin. El caso es que allí con sus cartas, y aqui con nuestras constituciones, son ellos los que juegan, y nosotros los que perdemos. ¿Pero V. está leyendo todavia el discurso del señor Argüelles?—No; aquel le despaché en un dia; ahora estoy leyendo otra sesion. Por cierto que me hace gracia esto que dice aqui el señor García Blanco, que ha perdido el rumbo en materia de conciencia, que no sabe en donde está la tal conciencia, y que para él el decir, obra segun me dicta mi conciencia, equivale á

decir; obro así, porque quiero. Pero vámos al asunto. ¿Has hallado lo que buscabas?—Y, mas tambien. Aqui le traigo á V. una porrada de Senadores entre buenos y malos; y aqui viene una runfla de Diputados de todas castas, colores y tamaños, que con los que V. tiene aqui ya; hay gracias á Dios en donde escoger, tanto como V. decia que habia poco de provecho. Haga V. una cosa; ponga V. las listas en el periódico, y llena V. una capillada entera sin romperse la cabeza, y aturrulla V. al mundo entero con tantos *hombres grandes* como se van descubriendo en la provincia de Leon, y de que no era facil que nadie tuviese noticia, y que los mas no eran conocidos mas que en su lugar. Y si fuera que V. hacia otra cosa; ponía el nombre verdadero de Fr. Gerundio en todas las listas como que en todas partes se contaba con él; ¿quién se lo quita á V. teniendo la sarten por el mango? ¿No andan otros, ó porque se han puesto ellos mismos, ó porque tienen un amigo que se ocupa en cargar los caballos del correo con listas en todas direcciones?—Pues yo no pongo ninguno; Tirabeque; cada uno se entienda.—V. se entenderá, señor. Y dígame V. mi amo; ¿á quienes prefiere V. para senadores, á los de la provincia, ó á los de fuera?—Si los de la provincia tienen *talento, virtud y riqueza*, á los de la provincia.—Y quienes le parecen á V. mejores para ese cargo, los exaltados ó los moderados?—Los exaltados que tengan vir-

tud, talento y riqueza, y los moderados que tengan riqueza, talento y virtud.—¿Los Duques Condes y Marqueses, ó los particulares que no tienen títulos?—Si el Conde Duque ó Marques es hombre de talento, virtud y riqueza, aquél; si encontrase la riqueza, la virtud y el talento en Juan propietario, á Juan propietario le haria Senador.—¿Y para diputados quiénes le parecen á V. mejores? ¿los de la cuerda tirante ó los de la cuerda floja?—Los que tengan juicio, ilustracion, hombría de bien y desprendimiento.—¿Y á quienes votaría V mejor, á esos que llaman literatos, ó á los propietarios?—A los hombres de bien, desinteresados y juiciosos.—Como les hay de tantos colores políticos....—Como que Fr. Gerundio no se paga de pinturas, solo busca que reunan estos cuatro colores, hombría de bien, ilustracion, juicio y desinterés.—Pero que sean amantes de Isabel II y de la libertad.—Se entiende que sobre ese fondo han de estar los colores que yo busco.—¿Y si acaso no llevan adelante las reformas que estos otros han empezado....?—Siendo hombres de bien, juiciosos, desinteresados é instruidos, harán lo mejor y mas útil.—Pero vamos, ¿de qué partido les querria V. mejor?—Del partido del juicio, del desprendimiento, del saber, y de la hombría de bien.—Es que el público desea saber en qué cuerda está Fr. Gerundio, y de qué color quisiera que saliesen las córtes futuras.—Voy á decírselo al señor público. En suposicion de que sean hom-

bres que hayan dado pruebas positivas de adhesion á Isabel II y á la causa de la libertad, quisiera Senadores de virtud, talento, riqueza y desinterés; y Diputados de probidad, juicio, ilustracion y desprendimiento; esta es la cuerda, el sistema, y color perenne de Fr. Gerundio.

Victoria contra infieles.

Dígame V. señor, ¿nuestras tropas se han ido á conquistar la tierra-santa?—¿Por qué dices eso, Tirabeque?—Porque hace dias que no nos habian dicho donde andaban, y hoy he visto un impreso que dice *Victoria contra infieles* firmado por el general Mendez Virgo, y sospecho yo si acaso despues de haber acabado con los facciosos de acá, se fueron á la Palestina, y habrán conquistado á Jerusalem derrotando antes á los infieles ó Mahometanos, ó lo que son.—No, hombre, si es un parte que da de una accion tenida con la faccion de Segovia en la sierra de Burgos; toma, lee-lo; ahí tienes cincuenta y siete ejemplares que por diversos conductos le han sido dirigidos á Fr. Gerundio, pidiendo todos que diga algo sobre ello. (Tirabeque coge uno y lee)—Señor, no encuentro

aquí ni la victoria ni los infieles, mas que en la cabeza del papel; eso sería que cuando dió el parte iría á ofrecer un padre nuestro por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, estirpacion de las heregias, y *victoria contra infieles*...— Vaya, no seas burlon, Tirabeque; los facciosos infieles son al gobierno y á la Reina: la victoria... no sería una victoria decisiva, pero...—Si; pero, pero.... vaya, señor; lo que digo es que otra vez no engañen con *rétulos*.



La amnistía de D. Cárlos.



Fr. Gerundio no dice nada sin su retintin cuando dijo en su capillada 16 artículo *Los cuatro rios*, que en opinion de algunos don Cárlos proyectaba venir á Madrid á jugar la nueva Coustitucion, yo apuesto á que todos ó los mas lo tomaron solamente por una broma gerundiana sin otro sentido ni significacion. Pues no señor, que llevaba su retintin como todas las palabras de Fr. Gerundio. Abi es nada cómo se le compone al bueno de don Carlitos el jurar constituciones!

He aquí el modo donoso y resuelto con que solemnizó el juramento que prestaron las tropas a la del año 12 en marzo del 20.

«Soldados, el acto solemne con que á vista de vuestras banderas habeis declarado la mas firme adhesion á la Constitucion política de la monarquía (1), os ha impuesto grandes obligaciones, al mismo tiempo que os ha abierto una brillante carrera donde alcanceis gloria inmortal. Amar y defender la patria; sostener el trono y la sagrada persona del monarca: respetar las leyes: mantener el orden público: uniros á los demas españoles y concurrir con ellos al establecimiento del sistema Constitucional he aqui *nuestras obligaciones sacrosantas*: he aqui lo que el Rey espera de vosotros, y de lo que promete *daros ejemplo* vuestro compañero de armas.»

Ahora va lo que el mismísimo señor don Carlitos dijo entonces á S. M. «Tengo la honra de elevar á las reales manos de V. M. la esposicion adjunta, que á este fin me ha dirigido la brigada de Carabineros, cuyo mando debi á las augustas mercedes de V. M. Penetrada altamente de los mismos sentimientos que en ella se espresan, me apresuro tambien á unir mis ardientes votos con los de la brigada, felicitando á V. M. *con el mas vivo entusiasmo* por la magnánima resolucion que ha tenido al oír los clamores de la nacion y darla su felicidad y gloria. Tal y tan grandiosa ha sido en efecto la resolucion de V. M. decidiéndo-

(1) Si alguno pone en duda estos documentos, que huzen que las gacetas extraordinarias de 12 y 15 de marzo, y la ordinaria de 12 de abril de 1820.

dose al restablecimiento del santuario de las leyes fundamentales que forman la sabia Constitución de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo de 1812. Los sinceros votos que la brigada trasmite á V. M. serán constantemente sostenidos por ella. El honor y la disciplina de sus individuos son el mejor garante de su eterna fidelidad á las instituciones que han jurado, y del ardor con que defenderán y observarán ciegamente los sagrados deberes que les imponen la patria, la Constitución, y su amado monarca.

He sacado á relucir estos documentos para gobierno de aquellos espíritus pusilánimes, de aquellas almas apocadas, de aquellos ombligos encogidos, así como de otros que por sistema, doblez y mavorrajería, ó solo se han atrevido á manifestar á medias sus sentimientos de adhesión á la libertad, ó tan luego como sospechan la posibilidad de que se pierda nuestra causa, aun cuando se hayan pronouciado, ó se enfrian, ó se retractan espresamente, confiados unos y otros en la generosa amnistía, que suponen concedería el Preteudiente, caso que lograrse la navia, en favor de enantos directa ó indirectamente se la hubiesen obsequiado. ¡Tantos! ¿Hasta cuando ha de durar vuestra necia credulidad? ¡Vuestras cabezas rodarian confundidas con las de los mas exultados! El mismo puñal que hubiera atravesado las entrañas del Prócer, del Diputado, del periodista y del voluntario nacional se teñiria en

las del cobarde que solo hubiera insinuado á medias palabras algunos tímidos pensamientos en favor de la inocente Reina ó del gobierno de la libertad! La sangre de cuantos cayésemos en manos de nuestros feroces enemigos correría mezclada, y ya no tendria á quien escarmentar el sangriento espectáculo, porque ninguno sobreviviria á la horrible tragedia, y el esterminio se habria de consumir.

Mas ya quiero suponer que el entronizado déspota estuviera sinceramente dispuesto á hacer respetar su sagrada promesa de amnistia; ¿podria él mismo refrenar la desbocada furia del ciego populacho que le hace la causa? En este momento me imagino verme rodeado de los puñales del año 25, sentir el ruido de las cadenas, ver las llamas de las hogueras, y los caduhalsos erigidos delante de mi! En medio del estremecimiento que me causa la imagen de este espectáculo, y que con dificultad permite á la pluma formar estos caracteres, no puedo dejar de esclamar: espíritus débiles, que por timidez ó por la esperanza de salvaros, si la ruina sobreviniese, os retracis de pronunciaros con abierta decision, arrojad ese temor insensato, y ayudadnos con vuestros esfuerzos á alcanzar un breve triunfo, porque, desengañaos, nuestro triunfo es el vuestro, y vuestra seria tambien nuestra ruina y perdicion!



RAZONES DE BOCA DE CAÑON.

El P. Platiquillas. Ami no me vengas con disculpas, Tirabeque. Los frailes de mi convento serian facciosos, pero ninguno tomó las armas como los del tuyo.

Tirabeque. ¿Del mio quién? Un lego y un donado; mire V. que gente de suposicion!

El P. Platiq. ¿Y por qué no se lo estorbaron el Guardian y los Lectores? Porque serian tan buenos como ellos.

Tirab. Porque no pudieron.

El P. Platiq. Porque no querrian; porque harian la vista larga. ¿Hubo algun P. Maestro que se les pusiera delante, y perdiera la vida, si menester fuese, por impedirselo? A los superiores todos de aquel convento les hubiera yo metido en un Castillo.

Tirab. P. Platiquillas, es preciso que V. me dé esplicaciones sobre lo que acaba de decir.

El P. Platiq. Qué esplicaciones necesita esto?

Tirab. Las esplicaciones que necesita es que V. coja una pistola y yo otra, y salgamos al campo á ver quien tiene mas razon.

El P. Platiq. Qué? ¿se busca ahora la razon á pistoletazos?

Tirab. Si señor; y si V. no acepta el desafio

conmigo, será V. un hombre sin honor, un cobarde, un mal Lector. Vamos, nombre V. padrinos, y al campo, á ver quien se levanta primero la tapa de los sesos; *asi sabremos de parte de quien está la razon.*

El P. Platiq. ¿Y un P. Maestro jubilado, lleno de honores y méritos en la órden, se habia de degradar hasta admitir un desafio con un Lego cojo?

Tirab. Si V. es fraile de honor, debe renunciar todos sus títulos, y hasta las órdenes, quedando reducido á simple lego como yo; y asi no disonará el desafio: como que yo soy un oficial de la Guardia, y V. el General Seoane. Con que vamos, nombre V. los padrinos que le acomode, y si no quiere V. que perezcamos los dos, se sortearán las dos pistolas, una cargada y otra vacia— *y la suerte dirá quien de los dos tenia razon.*

Fr. Gerundio ¿Qué es eso, Tirabeque? ¿Qué voces son esas?

Tirab. Nada, señor; que el P. Platiquillas me insultó, y yo le pedí esplicaciones.

Fr. Ger. Pues que te las dé y negocio concluido.

Tirab. No señor; yo quiero esplicaciones de pistola: que salga al campo conmigo, como el general Seoane, y el oficial de guardias, y veremos á quien le toca perder la pelleja, y *quien tenia razon.*

Fr. Ger. He aqui las consecuencias de un

ejemplo funesto, y el fruto lamentable de una opinion errada. No tienes tu la culpa, Tirabeque; tu eres un pobre Lego, y no tienes motivo para saber en qué consiste el verdadero honor. Faltaba ahora para acabar de corromper la moral y las costumbres, que cundiese y se generalizase en nuestra-España la falsa idea de que el honor y la decision de la razon y la justicia dependen de la punta de un florete, de la boca de una pistola, ó de la suerte de tomar lo que está á la izquierda ó á la derecha. El verdadero honor, Tirabeque, está en el corazon, en el alma, y en la conducta del hombre; y la justicia y la razon no lá ha de decidir el plomo ó el acero, sino las leyes y los principios de sana moral. Lamentemos el estravio y la debilidad de hombres por otra parte grandes, á quienes un exceso de delicadeza y una equivocada idea del honor conduce á abrazar las llamadas leyes del duelo, esponiéndose á sí mismos, á sus amigos y á la patria á males y privaciones irreparables. Con que así, Tirabeque, déjate de desafíos y de pistólas, y no seas tan facil en imitar egemplos, de que ojalá pudiera yo borrar hasta la memoria.

Tirab. Corriente, señor; lo dejaré por obedecerle á V.; y crea V. que lo siento, porque tenía gana de acabar con este picaro de este fraile;

